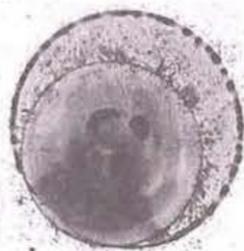


donde alejarnos del mundo" (pág. 171): o terminando, para poner fin a una serie que sería interminable en visiones sintéticas y detalles, con la Laura Arango del también magnífico *Un vuelo de algo con alas de polvo* de Rubén Varona, y quien aprovecha la coyuntura de haber encontrado un disquete que contiene el texto de un cuento titulado *El piano de cola*, cuento que funciona no solo como una revelación literaria, sino también como el disparador de la hasta entonces inexpresada condición de lesbiana de la narradora protagonista, quien comienza a buscar a la presunta autora del cuento, a fantasear con ella, hasta descubrir que el cuento había sido escrito por un hombre.



Aparte de la casi generalizada ironía, del humor negro, de cierta amargura y el escepticismo ante las posibles "salidas" a la Gran Costumbre, los mejores relatos de esta antología (hablo de más de la mitad, y de algunos cuentos, como *Entre las estaciones centrales*, *Teoría de la muerte*, *Gato traidor*, *Combustión espontánea* y *Un vuelo de algo con alas de polvo* que son piezas maestras, verdaderamente de antología) proponen la positividad de una voz ganada, de una certeza narrativa que no tiene que destruir el mundo o la tradición o el lenguaje para construir su propio mundo, hecho de una mirada fina, íntima y de un dominio pleno de su decir, que es a veces altamente poético (como en el cuento de María Castilla), de gran poder descriptivo (como en el de Carolina Alonso), o, las más de las veces, poderosamente coloquial, casi oral, sin concesiones a "la literatura". Varios de los autores de esta muestra son también ya novelistas publicados y difundidos (por ejemplo, el cuento

de Andrés Burgos revela al novelista, la creación de un mundo complejo, pero acaso dificultades técnicas en resolver su asunto en la economía estructural de este tipo de artefacto literario, el cuento, que sigue siendo una suerte de objeto canónico difícil de desmontar como género, y que por tanto requiere de destrezas verbales que yo llamaría *poéticas*, en el sentido no tanto de su brevedad [*Combustión espontánea* es una excelente pieza y la más extensa de la muestra, más de treinta páginas] cuanto de la condensación, simbólica o alegórica, del mundo creado en unos pocos motivos, figuras, personajes o tramas, si no en uno solo). Pero, en general, los autores incluidos en esta selección conocen bien su oficio y saben penetrar con lucidez el misterio verbal de su propio artefacto. Tal vez solo el cuento de David Roa Castaño no logra franquear la peligrosa frontera del lugar común, localizado como está en el "problema" de la Gran Costumbre, que no termina de soltarse del cliché de una típica relación de pareja en que la mujer "quiere un te amo completamente convencional que recibiría gustosa con chocolates acompañando la frase" (pág. 98), y, claro, el hombre no se atreve a manifestarse en forma convencional, a soltar ese te amo, con lo cual reafirma la convencionalidad del tipo de relación. Una relación que impugnaría con firmeza cualquiera de las cinco autoras incluidas en la muestra, no por un feminismo igualmente esquemático, sino porque sus voces se reconcentran en construir una intimidad esencial antes que tener que depender de los signos externos que pretenden encasillar o dar validez anticipada a su condición de mujeres.

Una selección que ha sido elaborada con entusiasmo y fe, y excelente criterio lector (es de esperar que una posible reedición o continuación sea más esmerada en la revisión textual, pues abunda el error ortográfico, de construcción y de simple digitación). Entusiasmo al que me uno.

Óscar Torres Duque

Once buenos relatos

Tumbas en el aire

JUAN MIGUEL ÁLVAREZ

Hoyos Editores, Colección Nueva narrativa, Manizales, 2008, 117 págs.

SON ONCE cuentos breves. Once narraciones en tonos similares pero diferentes, once relatos, algunos casi tersos, en su mayoría sobrecogedores, todos tal vez historias de la vida cotidiana.

Son once relatos parejos, excelentes. No hay uno regular, ni cojo, ni que no valga la pena releer para dejarse llevar sin pudor.

Juan Miguel Álvarez nació en Bogotá en 1977 dice la reseña, es comunicador social, periodista y especialista en Pedagogía y Desarrollo Humano. Ha sido catedrático universitario y asistente editorial e investigador en periodismo y literatura en la revista *El Malpensante*. Alterna su oficio de cronista en el periódico *La Tarde*, de Pereira, con colaboraciones en diferentes revistas nacionales.

En una entrevista en el diario *La Patria* a propósito de su libro, expresó:

Uno empieza a ser lector y a elaborar un juicio crítico muy severo, con el que lee cuando se empieza a escribir, y entonces no tiene cómo comparar la prosa de Marcel Proust con la propia. El proceso que viví es un desprendimiento del juicio crítico y en eso me ayudó mucho dejar de leer la alta literatura, a Stendhal, a Balzac, Dostoievsky, y leer la literatura contemporánea colombiana, argentina, peruana, libros en los que encuentro unos niveles de escritura a los que yo podía acceder.

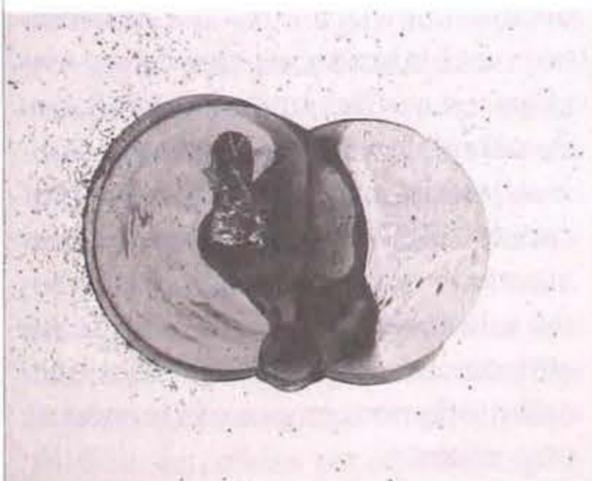
Son relatos en primera persona, actuales, inscritos en un país como el nuestro, en una realidad dura pero no necesariamente relatos al estilo de esos que venden las editoriales y que se convierten después en series de televisión en las que no hay búsqueda, ni lenguaje, ni maestría, sino una exposición de elementos como violencia, sexo, sangre, dinero, corrupción. Actuales digo aquí y ahora, en los cuales el narrador es por lo general un muchacho muy joven que muestra su mundo, un juego de fútbol, una fiesta

en un apartamento, la relación con su novia. Locales sí, pero con seguridad trascendentales. Son voces que se quedan pegadas en el lector, atmósferas recreadas sin aspaviento que creemos entrever desde los títulos que no parecen conducir a ningún lugar: *Ausencia*, *Igual a todos*, *El viejo*, *Carolina*.

Al intentar resumirlos se caería en un vacío sin sentido pues sonarían todos triviales, la angustia del despecho, el intento por ver más allá de los ojos del sicario, el encuentro del desencuentro, el terror de haber visto la muerte, en fin. En los relatos es ese sinsabor narrado con fuerza el que es maravilloso, como en la novela *Sin remedio* de Antonio Caballero, imposible de reseñar pero de necesaria lectura.

En *Toda el agua corría* un grupo de amigos se reúne todos los domingos a jugar fútbol, desde hace años. Llegan con tufo, con historias sobre los hombros pero dispuestos a meter goles, a deshidratarse:

En la defensa teníamos al Guigo, un corpulento central que jugaba fútbol para pegarle a otras personas sin necesidad de armar peleas. Siempre saltaba con los codos abiertos y entraba con los tacos en alto, y cuando había una pelota dividida tomaba todo el impulso posible para chocar sin miseria al delantero que corría detrás del balón. Eso me resultaba divertido desde el otro extremo de la cancha porque lo único que yo veía era un muñequito que volaba varios metros como impulsado por una turbina de propulsión para caer sobre la línea de cal sin ninguna resistencia [...] [pág. 19]



Detrás del agresivo defensa se agazapa la historia de su vida: la madre fue asesinada por pura carambola, cuando un sicario baleó a un político

y la bala lo atravesó, y su padre y único apoyo del joven se mata en un accidente aéreo en un vuelo comercial entre Quito y Cali. Pero la vida continúa, siguen los partidos, los golpes, las reuniones con alcohol y el Guigo se enamora de la flaca, una "trigueña delicada de pelo ensortijado que los fines de semana se pavoneaba en el borde de la piscina (...)" y los trae locos a todos. Pero sí, la vida sigue y la flaca lo abandona cuando él le propone matrimonio:

En segundos, sin que pudiéramos detenerlo, se paró sobre el borde del balcón, levantó las manos y con una voz desgarrada gritó gol, una y otra vez, y permaneció mucho tiempo sobre la cornisa del precipicio. Sin lanzarse. Sin perder el equilibrio. Con movimientos que respondían al vaivén del viento y que esperaban la velocidad del huracán para balancear el apartamento con nosotros adentro. [pág. 25]

El Cholo aparece un domingo, en una piscina, custodiando a su hermana, una trigueña de ojos verdes:

No necesitó ejecutar malabarismos con el balón, con dos cambios de frente de sesenta metros entendimos que su pierna izquierda era un cañón, un mortero necesario para perforar barreras de un metro noventa de altura. Llegaba puntual a los entrenamientos, nunca enguayabado a los partidos y siempre con guayos lustrosos. [*El Cholo*, pág. 67].

El relato se inicia con su desaparición y luego arma la faz del jugador, del amigo.

"Desapareció el Cholo" fue lo que supimos al otro día. Nada más. Ningún detalle, ningún rostro, ni una pista. Ni el más mínimo rastro de su paradero. La policía llegó a su casa a eso de las siete de la noche y habló con su mamá y su hermana. [pág. 65]

La búsqueda inicia ya con mal sabor, el lector se anticipa a la desazón. Sus técnicas de juego, la camaradería, la violencia en la cancha, los ideales y el final, la dura realidad, eso que nadie quiere ver, este país violento:

En medio de la humedad y del hedor a carne y sangre podridas, vi sobre la pared, como un telón de cine,

a la mamá del Cholo tejiendo lencería para bebé y vi a su hermana bronceándose al borde de la piscina y vi al Cholo corriendo por la izquierda y vi a Pipe llorando y a Titi tapándose los orificios nasales y me vi caminando con el Cholo por la sexta, un viernes por la tarde, y vi que entramos en una heladería y pagamos dos conos con chocolate y seguimos por varios minutos más o por varias cuerdas más, hasta que le dije que me aguardara mientras iba a hacer una llamada a un local de cabinas telefónicas y él me dijo que me esperaría en el andén viendo pasar gente [...] Ahora, lo habíamos encontrado y había que decirles a la familia y a los agentes, y vendrían las preguntas y los problemas y el llanto y el asco, y por un momento de aquella fétida tarde anhelé nunca haber encontrado al Cholo o nunca haberlo conocido. [págs. 69 y 70]

Sí. Son relatos con personajes desahuciados, una joven generación sin un futuro claro, relatos fangosos, adoloridos. Pero más allá de la simpleza o su contenido, más allá de ser el retrato de la llamada generación X o como le quieran poner a los jóvenes que viven en esta realidad sin fondo, estructuralmente no tienen mella, son contundentes, precisos, son voces que se quedan pegadas, son esquinas transitadas por el dolor. Son once relatos excelentes.

Jimena Montaña Cuéllar

El silencio tiene acción

La bondad de las almas muertas

ELKIN RESTREPO

Panamericana Editorial.

Bogotá, 2009, 166 págs.

UN BUEN libro de cuentos es un universo muchísimo más vasto que una novela. En lugar de una trama con sus ramificaciones, hay diez o doce; en vez de un personaje protagónico, tenemos una veintena de seres que se nos muestran en circunstancias que los definen y determinan, y que podemos conocer en un cómodo número